

El ensayo será de interés para cualquier lector culto interesado en poesía renacentista, en san Juan de la Cruz o en el ámbito de los estudios comparatistas. Desde el punto de vista académico, el libro del Dr. Anacona Becerra se inscribe ya entre lo más granado de los estudios sanjuanistas y sus aportaciones vertebran un nuevo sesgo hermenéutico desde el que interpretar y analizar la poesía del místico carmelita.

El libro tiene una doble virtualidad, el rigor y la claridad, rigor académico que va de la mano con una solvente claridad expositiva con la que atraerá a lectores cultos del ámbito literario, interesados en la mística o en la poesía sanjuanista, además, como dijimos, de ser ya un referente inexcusable en las aportaciones más interesantes que se hayan hecho en los últimos lustros sobre la profunda, enigmática y cada vez más iridiscente poesía de san Juan de la Cruz.

Ángel GARCÍA GALIANO
Universidad Complutense de Madrid

CASTRO, Miguel: *Vida del soldado español Miguel de Castro escrita por él mismo (1593-1611)*, Sevilla, Editorial Espuela de Plata, 2013, 352 pp. ISBN: 978-84-1517-787-6

La pluma osada del joven Miguel de Castro deja constancia de casi dos décadas de su vida y aventuras como soldado en tierras italianas, durante uno de los periodos más convulsos de la historia de España: el transcurso del siglo XVI al XVII. Años que coinciden con la muerte del monarca, Felipe II (1556-1598), que abandona un escenario social y político acuciado por las epidemias, el hambre, y las bancarrotas. La grave depresión económica afectará también a las milicias españolas: problemas financieros derivados del alto coste de las guerras, y también de reclutamiento debido a la disminución de la población. Impagos a la soldadesca, desertiones, pobreza extrema y mendicidad son episodios habituales en la historia de los ejércitos españoles en época de este soldado escritor.

Curiosamente en estos años surge una serie de relatos escritos por soldados, y que dejan testimonios de la existencia de estos hombres de guerra quienes deciden contar sus azarosas vidas en primera persona. A nuestras manos han llegado los papeles de figuras como Alonso de Contreras, Jerónimo de Pasamonte, Diego Duque de Estrada y Miguel de Castro. La crítica literaria ha relegado estas peculiares creaciones a un segundo plano, algunas de las cuales no se escribieron con el fin de ser publicadas en su tiempo, sino que fueron rescatadas de archivos por historiadores e intelectuales.

Ahora las páginas de Miguel de Castro se abren otra vez al lector en una edición renovada, y acompañada de una sólida introducción de Francisco Estévez, cuya lectura propone un análisis preciso y sugestivo de la breve obra de este hombre de guerra. La introducción de Antonio Paz y Meliá se mantiene, sin embargo el prólogo de Estévez, destacado conocedor de la literatura soldadesca, arroja luz sobre la narración de Miguel de Castro en una lectura del texto y su red de correspondencias con otros trabajos de la época para legitimar el lugar que ocupa el relato en el espacio de la tradición literaria española.

Allá por los cincuenta José María de Cossío dedica un estudio de esta obra en un volumen en el que recoge también las autobiografías de otros soldados. “Inútil me parece buscar genealogías literarias a estos libros,” explica contundente Cossío que considera este tipo de obra “un género aparte dentro de el de relatos autobiográficos.” Sin embargo la rigurosa conjunción de datos y obras de Estévez ahonda en la importancia del estudio de estas vidas de soldados en conexión con otros trabajos escritos en primera persona, que comienzan a surgir desde el siglo XV, un asunto que Cossío trata ligeramente. Como anota Estévez en un trabajo anterior, “representa un interesante desafío la recepción de las relaciones soldadescas del Siglo de Oro para la investigación autobiográfica actual en lo que suponen de recreación o ficcionalización de historias autodiegéticas vividas entre finales del siglo XVI y mediados del XVII.”

Puede que la narración de Miguel de Castro y otros soldados establezca, en el imaginario del lector, conexiones inevitables con otros relatos de la época por su cercanía en el tiempo y por algunos elementos claves en común. La escritura en primera persona, las aventuras en escenarios urbanos, robos y saqueos, pendeencias y puñaladas, crímenes, huidas y otras “bellaquerías,” y un lenguaje cotidiano recuerdan los episodios, de sobra conocidos, de las historias de pícaros que, tomando el testigo del *Lazarillo*, comienzan a aparecer desde finales del siglo XVI. Y es que en el mundo de la soldadesca la disidencia, la inobservancia de la disciplina y la transgresión también eran capítulos habituales. Como explica Francisco Estévez en su estudio “la tradición crítica ha interpretado estos apasionantes relatos en lo que trasiegan de realidad, y la potencial ficción de su prosa en clave picaresca, lo cual atempera su valor centrado en el discurso del yo, pues no otra cosa es la grafía de una vida” (16). Y no abriga dudas de que la vida del soldado excede los límites picarescos a pesar de las similitudes mencionadas.

En medio de la disciplina y el control que supuso la cultura contrarreformista en España, brotan relatos fascinantes de vidas transgresoras y conductas que exceden los límites de la legalidad. Esta última conexión entre el relato de pícaros y el de soldados no resulta meramente causal, sino que responde a un interés desde finales del siglo XVI en penetrar a través de la prosa de ficción en los corredores secretos y más oscuros de la existencia humana. ¿Acaso la vida de don Quijote es ejemplar? Huelga decir que la historia del caballero manchego no es autobiográfica, pero

claramente responde también a esa inclinación, esa curiosidad o gusto, por explorar conductas disidentes y alejadas de la ejemplaridad.

En los años del joven Miguel de Castro la delincuencia y la transgresión ocupaban las primeras filas de los debates sociales, y prueba de ello son los numerosos documentos escritos que desde diversos ámbitos -legal, moral, social, religioso- estudian, denuncian o representan este fenómeno social. En el plano de la ficción, el género autobiográfico pensamos que ha sido el que más ejemplos nos ha dejado de esta inclinación por la delincuencia y la transgresión en la prosa, y de ahí la importancia de esta reciente edición de la vida del soldado Miguel de Castro, muy oportuna en tanto en cuanto se suma a estas escrituras disidentes.

¿Bajo qué rúbrica debemos clasificar estos relatos? Las vidas de soldados ocupan un lugar fundamental en el género de la autobiografía y que –como apunta Estévez- se trata de una categoría “no recogida en la clasificación ortodoxa de la narrativa áurea.” Estamos de acuerdo con las palabras del crítico y debemos añadir que estos relatos de soldados no sólo son una pieza esencial en la historia del género autobiográfico en español sino que suponen un elemento primordial en esta red de trabajos en los que la transgresión, la marginalidad y el delito constituyen el asunto central.

Sumergidos en la lectura del relato de nuestro soldado, nos llama la atención el contenido de sus páginas, una historia que Francisco Estévez describe como “una rareza entre rarezas.” Además de su prosa atropellada y de la espontaneidad del estilo –probablemente su autor no tenía pretensiones de escritor- nos sorprende que salvo las últimas hojas dedicadas a la más sangrienta batalla marítima, el resto del relato describe las andanzas de un joven llevado por las pasiones. Como escribe el joven Miguel “volviendo, pues, al discurso de mi tragedia y vida, la cual pasaba en la forma que tengo dicho, anteponiendo en todas acciones la lascivia voluntad al provecho universal de alma y cuerpo” (304).

La guerra que relata el protagonista no está en el campo de batalla ni en aguas del Mediterráneo sino en la ciudad (Nápoles entre otras urbes). Tampoco su enemigo es precisamente otro ejército, sino sus propios capitanes y superiores que le obligan a permanecer en el lugar donde se hospedan durante el periodo de servicio. En este sentido su lucha se traduce en un combate diario contras cerraduras, muros y balcones, para escapar a la calle y poder encontrarse con su amante, Luisa de Sandoval, en la oscuridad de la noche. “Aquella noche antes que determinase acostarme hice mil discursos y dos mil imaginaciones para ver cómo podría salir por aquella noche con determinación de a la mañana en todo caso hacer una llave (...) con mucho peligro de la vida, pero en cualquiera la posponía al endiablado gusto y diabólico gusto” (165). En su batalla diaria, más que espada o arcabuz en mano, Miguel de Castro porta como arma una llave, un trozo de hierro o un clavo. Objetos secretos y liberadores que le llevan al placer de la juventud en los brazos de su amada.

No abriga dudas de que las vidas del Guzmán, el Buscón o la pícaro Justina son producto de la imaginación de sus creadores. Ahora bien ¿es el fragmento de vida contado por el soldado Miguel de Castro un relato de ficción o realidad? ¿cuándo de verdad y cuánto de mentira hay en las palabras del soldado? Es cierto que la alusión a lugares concretos y figuras históricas, en una época determinada y el uso de un lenguaje cercano dotan al relato de realismo. Caballero Bonald explica que “contar la vida también supone en cierta manera inventarla, pues ningún autorretrato literario puede ser fidedigno; contar las peripecias vividas consiste en novelar esa vida.” Lo cierto es que el tema de qué hay de verdad o mentira en las palabras de Miguel no nos importa tanto como el acto mismo de la escritura, que prueba una vez más el experimentalismo de la prosa del Siglo de Oro, y al que Estévez hace alusión en su estudio.

La condición de militar del escritor, su narración en primera persona y el contenido inmoral de sus memorias constituyen una combinación dispar de elementos, lo cual lleva a una problemática acerca de la categoría genérica de una obra que se identifica principalmente por su hibridez. Las memorias del joven soldado no deja demasiados testimonios de aquella España en guerra, y en su lugar se decanta por desvelar las inclinaciones más mundanas del hombre “gozando del acostumbrado gusto –nos detalla Miguel- y sóliticas caricias, propagándonos el uno al otro las amorosas deudas” (179), al tiempo que nos traslada a los ambientes y costumbres de la Italia de principios del XVII habitada por no pocos soldados españoles. Se trata, en definitiva, de narraciones escritas desde los márgenes, leyendas transgresoras que, por sus contenidos y temas tratados, se suman a esta red de discursos sobre delincuencia que inundan la cultura escrita en los siglos XVI y XVII.

Manuel COLÁS GIL
Johns Hopkins University

GÓMEZ, Jesús: *Tendencias del diálogo barroco. Literatura y pensamiento durante la segunda mitad del siglo XVII*, Madrid, Visor Libros (Biblioteca Filológica Hispana, 163), 198 pp. ISBN: 978-84-9895-163-9

Desde los años ochenta del siglo XX, el estudio de la prosa barroca ha venido suscitando el interés de los especialistas, más allá del análisis de las obras más conocidas de los grandes autores. Tras unos años de revisiones genéricas y críticas, de indispensables actualizaciones bibliográficas y de rescate de algunos autores de menor relevancia, en los últimos años se ha asistido a un abordaje sistemático del periodo, que entre otras tareas no menores está teniendo por objeto la edición del conjunto textual de los géneros de ficción y algunos replanteamientos, como la